

absoluta, ó á lo menos muy paradójica. Soy, dice (1), el primero que me pasmo de este contraste; porque cuando se trataba de algun negocio de importancia ó de algun peligro del Estado, recobraba al instante su valor y su actividad, abandonaba las delicias, no temia los peligros ni las fatigas y las soportaba con constancia.

El sofista Temistio ensalza por el contrario á Teodosio sobre los mas insignes hombres de toda la antigüedad (2). Comparándole Aurelio Victor á Trajano, ídolo y maravilla de los romanos, añade que tuvo todas sus buenas cualidades, sin haber tenido sus defectos; que, como él, era alto y bien formado, con los mismos lineamientos en el semblante y el mismo aire de magestad, los ojos agradables y vivos; que tenia el genio alegre, el espíritu afable y popular; que estaba lleno de bondad con todos, y acogia en particular á los sábios, con tal que no fuesen satíricos; y por último, que era de un valor invencible, de un ardor infatigable y de una vigilancia libre de toda sorpresa; pero tuvo aversion á los vicios de Trajano, prosigue el mismo autor, en especial al amor del vino y de las acciones vergonzosas (3). Llevó el pudor hasta escluir de los festines, por una ley formal, á las personas inmodestas, y aun á las muy lujosas en sus adornos. Estendióse su templanza hasta á las pasiones sutiles del espíritu, como la vanagloria y la ambición, no haciendo la guerra á pesar de su talento en ella sino cuando se veía precisado, mostrando vituperar en todas ocasiones á Sila, Mario y á todos aquellos hombres atrevidos y tan generalmente elogiados, con lo cual

(1) Zosim. lib. 4, cap. 773.

(2) Them. Orat. 13 et 29.

(3) Aurel. Vict. Epitom. in fin.

queria imponerse una especie de necesidad de no imitarlos nunca. Aún detestaba mucho mas á los traidores é ingratos, como lo hizo ver en todos sus actos respecto de Valentiniano.

No podemos ocultar que fué muy propenso á la ira; pero si alguna vez se pudo decir con verdad que la viveza del temperamento anuncia tambien su sensibilidad y bondad, se efectuó particularmente en este príncipe, que solo cometió, por decirlo así, faltas felices, y en el cual las ligerezas de un momento daban pie indefectiblemente á los mayores rasgos de clemencia, y á la beneficencia y al arrepentimiento heroico. Lo que podemos añadir á todas las alabanzas de los antiguos escritores, y lo que acaso caracteriza únicamente á Teodosio entre los buenos príncipes, es que casi siempre se iba haciendo mejor á medida que el tiempo y los acontecimientos iban aumentando su poder.

En lo interior de su corte y de su familia, en donde los mayores príncipes son algunas veces hombres muy medianos, manifestábase Teodosio hombre igual á sí mismo, amandó á sus hijos con ternura y con decoro, á sus amigos con tanta cordialidad como dignidad, y á su muger de un modo noble y con una intimidad que nunca degeneró en familiaridad. Tal fué este emperador, al que ninguno de sus antecesores, sin esceptuar á Constantino, escedió, ni acaso igualó, y que se propondrá siempre por modelo á los que quieran reunir en su persona las virtudes políticas, militares y religiosas. Finalmente, él fué el último que poseyó toda la estension de la dominacion romana sobre el Oriente y sobre el Occidente, pues despues de su reinado nunca volvieron á verse los dos Imperios sujetos á las leyes de un solo soberano.

DISCURSO

sobre la primera edad de la Iglesia.

AUNQUE cuando el corazón se muestra dócil á las impresiones de la gracia, basta conocer á fondo la Religión cristiana y seguir su historia ó la de la Iglesia, que viene á ser lo mismo, para someter el entendimiento al yugo de la fé; sin embargo, no será fuera de propósito insinuar las reflexiones mas propias para conseguir este fruto. Por tanto, ya que hemos llegado á la mitad de la edad primera, que abraza seis siglos, y que comprende una parte tan considerable y quizá la mas importante de nuestra carrera, nos detendremos en ella como en el punto de vista mas á propósito, así para ver como de un golpe lo mas memorable que se contiene en el espacio que hemos recorrido, como para dar una ojeada sobre lo que nos queda que recorrer. La Iglesia, en su significacion general, comprende la congregacion de los fieles de todos los tiempos, ó la sociedad visible de los hombres que profesan la verdadera Religión; pero no es mi ánimo tomar la narracion desde tan alto, puesto que nuestra narracion se circunscribe á los límites de la Iglesia que lleva en particular el nombre de Cristiana. No se trata de hacer observar en los tiempos antiguos sino lo que nos sirva y conduzca mejor á manifestar la sabiduria de la economía divina respecto del establecimiento y propagacion de la fé, que son el objeto de nuestras reflexiones.

Pero al mismo tiempo convendrá recordar de paso el trastorno que el pecado causó en el orden primitivo, dejando al linaje humano envuelto en las tinieblas de la ignorancia, hecho el juguete de sus pasiones, despojado de sus nobles sentimientos, y por necesaria consecuencia en estado de

degradacion, debilidad, pobreza y desventura; pues rotos en parte, y en parte debilitados, los vinculos de la virtud y de la honestidad, se rompieron tambien de mil modos los lazos sociales y se relajaron por todas partes. Los hombres salvajes y casi embrutecidos se temieron principalmente los unos á los otros, sin quedarles mas que la natural semejanza, que fué la que en cierto modo mantuvo algun resto de confianza, y esto en muchas cosas igual y aun menor y mas débil que la de los irracionales, los cuales, no teniendo tantas necesidades y objetos que apetecer como el hombre, tienen tambien menos motivos para huir unos de otros y atentar mutuamente á su destruccion. En tan triste estado, ocupados los hombres en las necesidades y peligros del cuerpo, perdieron casi el uso de las facultades intelectuales, se alteró aun el mejor natural, se oscurecieron las ideas, y aunque la facultad de la razon subsistia, apenas se ejerció sino en provecho de los sentidos.

Verdad es que desde la antigüedad mas remota se vieron pueblos numerosos, en los cuales parecia que se observaban con mayor exactitud los derechos de la humanidad, ó á lo menos las leyes de la sociedad humana; pero aquellos grandes Estados que se levantaron alternativamente con el soberbio título de Imperios universales, ¿qué fueron si se comparan con todo el mundo? ¿Qué fueron en cuanto á los dogmas y costumbres las luces de los magos persas, de los sacerdotes egipcios, y de todas las escuelas de la Grecia? El resultado de las mayores confederaciones no fué otro ordinariamente que reunir mas vicios y estravagan-

cias; y allí, cual en los aduares de los bárbaros, hasta los principios de la ley natural degeneraron en una insensata superstición y en una idolatría estúpida.

Sin embargo, nunca faltaron hombres de ingenio superior, que ó fuese en fuerza de su raciocinio, ó mas bien en virtud de su constante aplicacion en recoger los restos, poco conocidos, de las antiguas tradiciones; como amantes ó admiradores de la sabiduría se sobrepusieron á la mayor parte de los errores del vulgo en orden á la religion y á las costumbres. Cuando las naciones civilizadas formaban ya un solo pueblo, cuyo centro y capital era Roma, reuniendo la filosofía estos descubrimientos, que andaban sueltos, y tomando muchos mas de los monumentos judáicos, pues ya concedian el derecho de ciudadano á los judíos, la fuerza de la verdad y esplendor de la luz llegó á tal punto, que parecia iba á disipar las tinieblas del gentilismo. A lo menos parecia que los objetos de que era capaz la razon, examinados por tantos entendimientos filosóficos, habian adquirido las cualidades convenientes para entrar en las clases subalternas de inteligencia y para penetrar hasta en el pueblo.

Pero aquellos falsos sábios, lejos de ilustrar á los pueblos, ocultaron cobardemente la verdad y la tuvieron como prisionera; y habiendo conocido á Dios continuaron tributando honores divinos con el vulgo fascinado á los vanos simulacros de hombres, de animales y de criaturas y quimeras de toda especie. De este modo, á escepcion de algunos gentiles que frecuentaban las sinagogas esparcidas por algunas partes de Europa y Asia, el Criador era conocido solamente en Judea. En cuanto á la ciencia de las costumbres, se ponian en cuestion los principios mas incontestables, á causa de la eterna rivalidad con que se miraban las diferentes sectas, y venian á ser como un problema ó paradoja mas á propósito para servir de diversion á los genios disputadores que para influir eficazmente en la conducta. Asi vemos que los hombres mas aferrados á su ciencia se entregaban, segun los reprende el Apóstol, á las pasiones mas ignominiosas y á excesos no solo contrarios á su sabiduría espe-

culativa y estéril, sino que degradaban la naturaleza y hacian inferior el hombre á los irracionales. A pesar de esto, bien podremos decir que el espíritu humano cansado y confundido con errores tan monstruosos, se hallaba en cierto modo, por la profundidad misma de sus llagas, dispuesto á recibir el remedio de ellas.

Pero ¡cuántos prodigios debia obrar el Reparador prometido y encargado de ingerir la gracia en la naturaleza, tanto para quitar de ella el jugo venenoso que la viciaba hasta en el fondo de su constitucion, como para hacerla producir frutos que agradasen al Dios de toda santidad! Este es el prodigio que vamos á considerar en la primera edad de la Iglesia ó en sus primeros seis siglos; tiempo que basta exponer á todo espíritu justo para dar de nuestra Religion la idea que ella se merece y probar su verdad y su divinidad. Con el fin de que esta prueba sea mas completa y eficaz, antes de contemplar el maravilloso establecimiento y propagacion de la Iglesia, la consideraremos en si misma, fijando nuestra atencion en la excelencia de la fé cristiana, y despues en el dilatado curso de su edad primera observaremos el portento de su conservacion, tan digno de notarse en ella: aunque esta es tambien otra de las pruebas mas fuertes de la perpetuidad de la obra de Dios en las edades siguientes.

Y en primer lugar, no hay cosa que tanto sorprenda como ver el retrato de la Iglesia en su edad primera. Aunque es natural condicion de todas las instituciones ser imperfectas ó informes en sus principios; con todo, no sucedió asi con el cristianismo, el cual apenas se dejó ver en el universo, cuando llevó tras sí la admiracion de infinita multitud de hombres de equidad y de juicio. Traigamos á la memoria lo que se dijo de la vida celestial de los primeros discípulos, de su desprendimiento de los bienes terrenos, de aquella generosa caridad que hacia comunes entre ellos sus riquezas, poniendo cuanto poseian á los pies de los Apóstoles, sin tomar de ello mas de lo necesario para vivir con sus hermanos los pobres, y cortando asi de raiz la codicia, el orgullo, el regalo, la injusticia y toda iniquidad. Recordemos las reglas de moral trazadas por estos mo-

delos y consignadas en sus monumentos divinos. A pesar de la corrupcion del mundo, ¿con qué admiracion no debia mirarse un cuerpo de doctrina sencillo pero sublime, compuesto de máximas las mas luminosas y que escedian infinitamente á todo lo que los sábios de todos los paises y de todos los siglos habian enseñado de mas honesto y de mas conforme al grito de la virtud y de la sana razon? Para disputar esta gloria á la Religion cristiana ha sido preciso trocar hasta las primeras nociones de la virtud y de la verdad, y pretender variar las esencias inmutables de las cosas, aún mas que el interés de las pasiones, tanto como las partes siempre divisibles de la materia, de donde estos estraños razonadores pretenden deducir el origen y diversidad de nuestros pensamientos. Estaba reservado para la falsa filosofía del siglo diez y ocho tan original trastorno de todo principio y de toda razon, ó por lo menos el exceso de impudencia que le ha hecho intentar. Asi como hubiera sido estravagancia en los filósofos mas oélebres de la antigüedad afirmar elara y públicamente, que llegaria tal vez tiempo en que los axiomas tenidos hasta entonces como mas ciertos, se tuvieran por falsos, asi tambien se hubieran avergonzado de publicar que es flaqueza de espíritu venerar las impresiones primeras de la virtud que grabó en lo mas íntimo de nuestra alma la misma naturaleza ó la razon eterna, que ha sido una y la misma en todos los entendimientos y en todos los tiempos: se hubieran avergonzado de decir que la docilidad á la voz de la conciencia y el temor de los remordimientos son una timidez pueril, ó que el pudor no es el mejor adorno de una muger, sino efecto despreciable de la preocupacion; por último, se hubieran avergonzado de afirmar que vicio y virtud son dos palabras que carecen de sentido. Asi, por mucha que fuese la depravacion de los gentiles, muchos de entre ellos vieron con admiracion en la doctrina del Evangelio el único foco de luz en orden á los deberes y el conjunto de todas las verdades que sin mezcla de perversion ó falsedad dirigen y santifican las costumbres. Por esto se decidian á abrazar el cristianismo segun el grado de aficion ó indiferencia con que

miraban la virtud. Tertuliano, en en el tiempo mismo de las persecuciones, se aplicaba de esta manera: «Jamás ha amado sinceramente la virtud el que mira con odio nuestra Religion; y por eso el primer perseguidor de la fé ha sido el mas vicioso de los tiranos, y podemos juzgar de su excelencia por el odio que Neron la tuvo.» Nada se omite en la moral evangélica, y nada se lleva á un estremo contrario á la razon: todo conduce en ella á la perfeccion y felicidad del hombre, al buen orden de los pueblos, á la seguridad del comercio y de las relaciones en todas las sociedades. En una palabra, obsérvense las máximas del Evangelio, y el hombre será todo lo que debe ser, tanto á los ojos de su conciencia como á los de Dios.

Las leyes humanas se limitan á prohibir los delitos mas enormes ó groseros. «Ya es mucho para vosotros prohibir el incesto y adulterio,» decia San Gregorio Nacianceno á los gentiles de su tiempo, y puede decirse todavia con mayor motivo á los de los siglos anteriores; mas en el cristiano una mirada apasionada á una muger es ya un delito. Abstenerse de la torpeza y de cualquier otro vicio vergonzoso no es un elogio para este; porque hace profesion de crucificar su carne para evitar su rebeldia. «Vosotros, añade el mismo Santo, prescribis el amor á los padres y á la patria; pero nosotros debemos tener para con todos los hombres, sin escluir á nuestros mayores enemigos, el amor que nos tenemos á nosotros mismos. Por lo que hace al juramento, nosotros formamos la única sociedad en que está prohibido, no solo el jurar en falso, sino tambien el jurar en vano. En cuanto al uso de las riquezas, si en realidad no las conculcan todos nuestros hermanos, se les manda poseerlas como si no las poseyesen, ó que no tengan el corazon apegado á ellas. Y ¿cuán lejos no estamos de robar á otros los que debemos soltar la túnica si nos quitan la capa? Bendecimos á los que nos persiguen, y si nos dan una bofetada en la mejilla derecha presentamos la izquierda cumpliendo con el Evangelio. Decidme ahora, ¿será esto disposicion para dejarnos arrebatados de la ira, y para decir injurias, para calumniar ó le-

vantar falsos testimonios? Vuestros legisladores solo tratan de arreglar las obras; pero nuestras leyes se dirigen á la raiz del mal, á los pensamientos y á la sensacion: y ¿qué mas? hasta la falta de vigilancia castigan, y entre nosotros es reprehensible hasta el quedarse en el grado mismo de virtud sin esforzarse continuamente en ir subiendo á otro mas alto.»

Pasemos adelante en este paralelo, y examinemos exactamente y con pleno conocimiento de la materia cómo los sábios mas célebres en algun punto particular de la moral se contradecian en otros muchos y se deshonraban. Entre estos, que tomaron el nombre de amantes de la sabiduria, unos permitian el hurto ejecutado con destreza, otros desafiaban con arrogancia á los que veian poco favorecidos de la fortuna. Los obscenos discípulos de Epicuro decian que la perfeccion y felicidad se cifraban en apurar el goce de los placeres. El orgulloso estóico al mismo tiempo que hacia mil elogios de la virtud, la conocia tan mal, que lo mismo era para él degollar á su padre que irritarse contra el mas vil insecto. El mas famoso entre ellos, en su plan de república, que será un perpétuo monumento de los extravíos de la razon humana, aun la mas ilustrada, cuando no la ilumina la antorcha de la revelacion, Platon, á quien llamaron divino los panegiristas idólatras, desecha la fidelidad y estabilidad del matrimonio; y si no merece todas las reconvenções que se le hacen acerca del uso comun de las mugeres, á lo menos intentó sancionar como otras tantas leyes mil costumbres licenciosas que contribuyen igualmente á desterrar la honestidad. Era costumbre legal en algunos pueblos maldecir de sus dioses cuando parecia que tardaban en mostrárseles propicios. Otros suponian que hacian un obsequio á sus divinidades domésticas degollando á los huéspedes. Bien sabido es cuánto ocultaban el fanatismo, las iniciaciones, y todos los misterios orientales, en que los padres sacrificaban á sus hijos, consagraban la deshonra de sus hijas, y cometian otros crímenes todavia mas abominables. Estas fueron las consecuencias prácticas de las especulaciones y principios,

asi en los maestros mas famosos como en sus discípulos.

Paso en silencio una multitud de misántropos, triste ludibrio de su orgullo, que esforzándose en variar los unos la forma de los otros, dieron por fin en los extravíos mas insensatos. Ni hablaré de aquel censor que solo exceptuó sus vicios entre las causas que le hacian llorar continuamente: ni del cínico burlon que, con linterna en mano en medio del dia, buscaba un hombre, y que por el placer mezquino de la ostentacion se condenó á vivir dentro de una cuba: ni del otro soberbio vagabundo que arrojó sus riquezas al mar para ir diciendo de costa en costa que todo lo llevaba consigo. Omitamos hablar de ellos, pues no tratamos de censurar lo ridículo sino los crímenes.

Hasta la vida de Sócrates no está exenta de mancha, y su muerte se deshonró por el respeto humano que le movió á ofrecer á Esculapio un sacrificio extravagante. El emperador filósofo, cuyo elogio costó á Plinio treinta años de trabajo, se abandonó á las mayores infamias. El tan celebrado gefe de la escuela peripatética no pudo disimular su pasion á una muger pública que le hizo supplantar á su mejor amigo. Otros muchos hicieron famosa su muerte, ó por los excesos ó por la desesperacion con que se quitaron la vida. Nadie ignora los impíos y crueles horrores de las juntas nocturnas del apóstata Juliano y de sus helenistas. Los impostores que dieran tan bellas lecciones de modestia y desinterés, no por eso eran menos reprehensibles en el modo con que aspiraban á los honores y bienes de fortuna. El cínico desdeñoso de quien hemos hablado, pisaba con sus pies el fausto de Platon, pero con un orgullo todavia mas fastuoso y mas intolerable. El tan ponderado maestro de Alejandro el Grande es mirado tambien como uno de sus mas infames aduladores. Pitágoras y Zenon intentaron usurpar el poder supremo. Por último, Hipias pereció por haber querido ser el tirano de su patria. Tales eran los corifeos de las sectas que mas se preciaban de virtud; porque no hablo de Epicuro ni de su secta, ó por mejor decir piara, como la llamaron otros filósofos, que con solo este nombre nos dan una

exacta idea de ella en orden á la honestidad ó á los deberes.

Cotéjese esta pintura, no digo ya con los venerables gefes de los primeros cristianos, sino con la multitud de sus discípulos indistintamente, y esto solo bastará para conocer y ver claramente de qué parte está la ventaja. ¡Cuán edificante y al mismo tiempo cuán verdadero es el retrato que nuestros primeros doctores hacen de aquellas almas pacíficas y benéficas aun con sus mas crueles enemigos. «Bien conoceis nuestro candor y nuestra fidelidad, á pesar de vuestras persecuciones (decia á los tiranos de su siglo Tertuliano con aquella noble fortaleza que da el testimonio de la buena conciencia). Nosotros con la cabeza desnuda y levantando al cielo nuestros puros ojos é inocentes manos dirigimos á Dios votos fervorosos por el imperio y por el emperador; y los ofrecemos llenos de confianza, porque van acompañados, no de unos pocos granos de incienso, ó de algunas copas de vino quitadas á la avaricia, no de la sangre infecta de algun toro moribundo, sino del digno tributo de un cuerpo casto y de una alma pura. No celebramos, es verdad, las fiestas del príncipe con excesos vergonzosos como vosotros, porque no nos parece es honrarlas hacer en esos dias lo que profanaría cualquiera otro de los del año. No gritamos como vosotros: *Jupiter, quita de nuestros años para aumentar los del Cesar*. No profieren los cristianos sus oraciones con esta engañosa ostentacion, se contentan con que Dios les oiga. Pero ¿qué súplicas son mas sinceras? ¿De qué religion era un Niger ó un Albino? Jamás fueron del número de nuestros hermanos esos rebeldes ni los parricidas que con el puñal ó la copa del veneno en sus manos se entran por el palacio, aunque nuestros hermanos tienen ya parte en todos los empleos del Estado. Vosotros mismos los reconocéis por los soldados mas fieles y valientes. Jamás habeis reprendido por cobardes á los que beben con su religion el desprecio de los placeres y dolores. ¿Hay alguno de nuestros hermanos que pronuncie sentencias injustas en los tribunales, sabiendo que Dios juzgará á los mismos que ejercen la justicia? ¿Nos pueden echar en cara el ser traidores á la amistad,

ó infieles y fraudulentos en el comercio. Antes por el contrario, nos debe la república el que vivan los pobres miserables, que á no ser por nuestra liberalidad casi todos perecerian.»

El mismo elocuente apologista, sacando la consecuencia de estos principios, y desafiando generalmente á los perseguidores, sobre que no hallarian vicio alguno en las santas víctimas del martirio, con toda seguridad les dice: «¡Oh! ¡cuánto daño haceis al imperio proscribiendo así á los mas virtuosos ciudadanos! Yo apelo á vuestras sentencias, magistrados encargados de limpiar la tierra de los malhechores que la infestan: entre tantos culpables como condenais ¿quiénes son los ladrones, los asesinos, los perjuros, los enemigos de las buenas costumbres? ¿Hay por ventura entre ellos algun cristiano? Y si en vuestras cárceles teneis detenido alguno, ¿no es su único delito el ser cristiano? Las sentencias mismas con que quereis amancillar nuestra honra, son nuestra mas bien fundada gloria. Cuando condenais á la brutalidad de un libertino vuestras honestas doncellas, que oyen impávidas los rúgidos de los leones, manifestais en eso mismo, que para un cristiano es mayor desgracia la pérdida del pudor que la de la vida.»

Si consideramos la caridad y mútua union de los fieles, no solo en los primeros tiempos de la Iglesia, sino aun mucho despues, fué tan admirable y tal, que despertó la emulacion y celos de los idólatras. Ya hemos podido advertir que Juliano apóstata, despues de mil esfuerzos que hizo para establecer entre sus helenistas esta concordia y maravillosa union, viendo que sus tentativas le salian inútiles, hizo á sus sacerdotes reconvenções las mas humillantes.

Si la virtud se debilita cuando se ejercita menos, si la caridad se resfria y en su lugar abunda la iniquidad, ya hemos observado y tendremos frecuentes ocasiones de hacer observar que de tiempo en tiempo se dejan siempre ver almas tan elevadas y extraordinarias, que con su celo y ejemplos restituyen á su primitiva integridad las costumbres cristianas; y no solo en los primeros siglos, sino en todos tiempos y paises se han visto y verán siempre modelos de